

LAS COLECCIONES BIBLIOGRÁFICAS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL *

HONRADOS POR LA dirección de la Biblioteca Nacional para tomar la palabra en esta solemnidad conmemorativa del primer centenario de su fundación definitiva, aceptamos sin vacilar, aunque comprendiendo nuestra insuficiencia, desempeñar nuestra tarea; primero para contribuir con nuestro grano de arena a la celebración de tan memorable fecha y después para rememorar los treinta y seis años, quizás los más felices de nuestra vida, en que tuvimos la fortuna de laborar en tan respetable centro cultural con todo el entusiasmo que nos fue posible. Rogamos por lo tanto a quienes nos escuchan disimulen las fallas de que adolece nuestra disertación, pues estamos muy lejos de desempeñarla con la atingencia que sería de desearse.

Entre las diversas y variadas especies de bibliotecas que se han multiplicado por todas partes, se encuentran las denominadas nacionales, o sean las instituciones de carácter general y público sostenidas por los gobiernos en todos los países cultos, destinadas a recolectar, conservar y utilizar la producción bibliográfica, particularmente de cada uno de ellos en beneficio de los amantes y cultivadores de las ciencias y las letras.

No vamos a ocuparnos de la historia, la organización y el funcionamiento de las bibliotecas de este género, sino que trataremos exclusivamente del caudal bibliográfico que posee nuestra institución, a fin de dar a conocer, aun cuando sea someramente, sus colecciones, integradas por valiosísimas joyas de las que justamente nos gloriamos de poseer y conservar.

Antes de entrar en materia será preciso remontarnos al siglo XVI, en que el ilustre primer obispo de México don Fray Juan de Zumárraga, de preclara memoria, fundó la primera imprenta en 1535, que puso en manos del "empremidor" Esteban Martín y de cuya prensa salió la *Escala espiritual*, que produjo en el Nuevo Mundo el arte de Gutenberg. No hemos tenido la fortuna de conocer esta obra, pero sí tener noticias de su existencia por testimonios de autores veraces, lo que hizo decir a nuestro insigne bibliógrafo García Icazbalceta, que "es cierto que de la *Escala espiritual* no se ha encontrado todavía

* Conferencia dictada el 22 de noviembre de 1967.

ejemplar alguno, pero tampoco es razón para negar que existieron. Otras ediciones menos antiguas se hallan en igual caso sin que por eso se pongan en duda". Tras de este taller se fueron estableciendo otros con mejores elementos, que a medida que transcurrieron los siglos fueron evolucionando y aumentando su número hasta lograr el progreso que alcanzaron al terminar la época virreinal. Al consumarse la independencia nacional la imprenta recibió un gran impulso; se extendió por todo el país, se dotó de maquinaria moderna y produjo millares y millares de obras de todos géneros, hasta llegar a nuestros días, en que su producción, tanto en cantidad como en calidad, ha llegado a competir con las casas editoras más acreditadas del extranjero.

La Iglesia por medio de sus misioneros y religiosos, sus prelados y clérigos, que fueron los verdaderos civilizadores de nuestro país, dotaron los seminarios, casas de estudios, conventos y monasterios de bibliotecas integradas por valiosos libros de procedencia europea, no pocos de ellos en ricas ediciones que ocupaban las librerías de tales instituciones y que utilizaban para su estudio y lectura los maestros, colegiales y demás moradores de ellas.

Pasando ahora a ocuparnos de nuestro tema, diremos que las primeras gestiones encaminadas a la fundación de la Biblioteca Nacional se iniciaron el año de 1833 en que don Valentín Gómez Farías, en funciones de presidente interino de la República expidió un decreto por el que clausuraba la Universidad Nacional y Pontificia y el Colegio Mayor de Santa María de Todos Santos, ambos venerables por su antigüedad y por los frutos que produjeron en el curso de su existencia, y destinando a formar el fondo primitivo de la proyectada institución los libros a ellos pertenecientes; mas la caída de la administración dejó sin efecto tales anhelos.

Posteriormente en los años de 1846, 1851, 1857 y 1861 se volvió a insistir en la idea de la fundación, pero las revueltas intestinas, los pronunciamientos y las guerras extranjeras que asolaron el país, fueron motivos de que los intentos que nuevamente se hicieron para realizar el proyecto quedaran también sin resolución.

A la caída del Imperio en 1867 el presidente don Benito Juárez volvió a insistir sobre el caso, decretando la erección de la Biblioteca, para cuya instalación destinó el suntuoso templo de San Agustín y designó como fondos bibliográficos iniciales los libros expropiados al clero, que hacía como diez años que se hallaban embodegados en diversos locales sufriendo los perjuicios de los elementos y sirviendo de pasto a los animales bibliófagos.

A 121 430 volúmenes ascendió el total de las obras expropiadas, sin contar los millares de ellos que desgraciadamente se extraviaron o fueron robados por los amantes de lo ajeno, que sin tener la más elemental idea de su valor los enajenaron a precios irrisorios.

Procedían las bibliotecas eclesiásticas, como ya lo dijimos, de los tiempos coloniales, y las enriquecían obras de gran valía, entre las que se hallaban interesantes manuscritos inéditos, ediciones incunables, príncipes y originales y otras desde diversos aspectos valiosas, dominando como es de suponerse, la literatura eclesiástica. Las bibliotecas mejor dotadas eran las de los franciscanos, dominicos, carmelitas y jesuitas y para mejor estimar su contenido referiremos a este respecto que en la visita que el padre Francisco Serrano, abad del monasterio benedictino de Silos y varón distinguido por su ciencia y erudición, hizo a México hace pocos años, encontró en la Biblioteca Nacional con gran sorpresa suya dos obras, que según nos aseguró, no había logrado consultar en las más afamadas bibliotecas europeas, así como otras que con dificultad suelen encontrarse en ellas.

Las joyas bibliográficas que guarda la Biblioteca Nacional se hallan, de acuerdo con su especialidad formando parte de distintas colecciones, en que se halla clasificado el acervo general; hablaremos someramente de ellas, ya que el tiempo de que disponemos nos impide especificarlas y estudiarlas como sería de desearse.

Manuscritos. Débese la importancia de esta colección no al número, sino a la calidad de las piezas que la integran. Contiene valiosa documentación desde el siglo XVI hasta nuestros días, referente a las lenguas aborígenes, la antropología, la etnología, y la civilización de las razas nativas del país; la segunda parte se refiere a la evangelización de los indígenas, a la historia de las órdenes religiosas, de los establecimientos docentes de la guerra de independencia y a las biografías de hombres ilustres por sus virtudes y su saber. Dio realce a esta serie la adquisición de una numerosa compilación de documentos de gran variedad e indiscutible importancia que perteneció al convento de San Francisco, que fue comprada a don Luis García Pimentel, y que desearíamos fuere debidamente utilizada por los eruditos en nuestra historia.

Incunables. Existen en la institución 167 obras de este género, procedentes en su mayor parte de las bibliotecas decomisadas al clero. Como no lo ignoran los que nos escuchan, estas ediciones tan codi-

ciadas por los bibliófilos, son las primicias de la imprenta en el siglo xv. Parece que el *Tractatus super censuris*, que carece de *explicit*, especie de colofón, data de 1471 y la *Opus quadragesimale perutilissimum quod de penitentiae dictum est* de Roberto de Licio, impresa en Venecia en 1472, son los ejemplares más antiguos de la colección. Proceden de diversos talleres europeos como Roma, Padua, Ratisbona, Bolonia, Basilea, Cremona, Parma, Lyon y otros. Algunos conservan, aunque deterioradas por la edad, sus encuadernaciones originales de madera con cubiertas de cuero con decoraciones estampadas a fuego, y otros están ilustrados con xilografías producidas por hábiles artífices, y en menor número los hay miniados con bellas policromías.

Biblias. El libro por excelencia que nos legaron los profetas, los apóstoles y los evangelistas y que constituye la obra fundamental de la Iglesia, ocupa un distinguido lugar en la Biblioteca. Bien sabido es que fue la primera obra que produjeron las prensas tipográficas, que de ella se han hecho tantas ediciones como de ninguna otra y que ha sido vertida casi a todas las lenguas. La colección de que tratamos es numerosa, variada y valiosa; comprende ediciones políglotas y unilingües, completas y parciales, anotadas y comentadas. La más antigua es la publicada en Venecia en 1481 por Bernardo Wid de Ratisbona, que consta de un volumen en cuarto en caracteres góticos y a dos columnas. Entre las políglotas se destacan la *Complutense* publicada por el cardenal Jiménez de Cisneros en Alcalá y terminada en 1517, para lo que reunió un grupo selecto de humanistas y eruditos, entre los que figuraban algunos judíos conversos. La edición fue encomendada al perito tipógrafo alemán Guillermo Brocar, quien desempeñó a satisfacción su cometido sacando a luz la obra en seis volúmenes en folio. De gran mérito es la *Biblia Regia*, por haber sido patrocinada su publicación por Felipe II, quien la encargó al célebre polígrafo y orientalista Benito Arias Montano y fue impresa en Amberes por el celebrado artífice Cristóbal Plantino en ocho volúmenes en gran folio. Hay que agregar la *Valtoniana*, en seis volúmenes en gran folio, impresa por Valton en Londres y notable principalmente por sus comentarios y sus valiosos grabados en lámina. De las ediciones mexicanas es preciso mencionar la de Vence o de Avignon publicada en esta capital por el librero don Mariano Galván Rivera con la colaboración de varios escritores en los años de 1831 a 1835 en 25 volúmenes en cuarto mayor acompañados de un álbum de bellas estampas grabadas en cobre. Complementarios

al material bíblico se encuentran concordancias, hermenéutica, paráfrasis, diccionarios y otras obras que posee la Biblioteca en gran número, indispensables para la debida interpretación y el estudio de los libros sagrados.

Ciencias sagradas y eclesiásticas. Agrupadas estas dos colecciones, forman un cuantioso total de volúmenes en virtud de su procedencia, integrado por obras de reconocido valor, tanto por las materias tratadas, como por la fama de sus autores, y en no pocos casos por la alta calidad de sus ediciones. Mas no siéndonos posible hacer una exposición de tales obras nos limitaremos simplemente a señalar su contenido. En la primera sección ocupan un lugar preferente la patrología, resaltándose por su extensión la griega y latina publicadas respectivamente en París en los años de 1844 a 1866 por el abate Santiago Pablo Migne, la primera en 166 volúmenes y la segunda en 221, ambas en folio menor. Siguen a esta materia las obras parciales de los padres y doctores de la iglesia, así como las producciones de los eclesiásticos más distinguidos de los primeros siglos del cristianismo. Son también dignas de mención las obras referentes a otras ciencias eclesiásticas como la teodicea, la ascética y mística, la moral y la catequística, así como otros tratados conexos. En la segunda sección figuran la historia eclesiástica y religiosa, tanto general como especial, la de los papas, concilios y órdenes religiosas, la de los cismas y herejías de las persecuciones y otras muchas de reconocida importancia.

Filosofía. Otra de las colecciones valiosas es la de filosofía en la que se encuentran las obras clásicas de la antigüedad, de la época medieval y de los tiempos modernos, que han producido los más altos ingenios en tan elevada ciencia.

Historia universal. Constituyen esta colección numerosas, como interesantes obras, tanto antiguas como modernas, referentes a la historia general del mundo, así como a la especial de los distintos países en él diseminados. Completan tan rico acervo numerosos tratados complementarios, entre los que se halla la biografía y numerosas monografías que proporcionan la cabal comprensión de la materia.

Literatura. La colección de bellas letras no se queda atrás de las que hemos mencionado. Hállase caracterizada por valiosas obras de los más sobresalientes autores, escritas en todos los géneros literarios desde los tiempos más lejanos hasta nuestros días. Señálanse particularmente las producciones de los autores griegos, latinos, españoles,

franceses y de otras escuelas, principalmente los mexicanos, cuyo conjunto, que abarca desde las literaturas indígenas hasta la nuestra, tanto en lenguas autóctonas como la española, forma un acervo de altísimo valor para el estudio de nuestra producción en todos los géneros que comprende.

Historia de México. En atención al carácter de *nacional* que lleva nuestra biblioteca, se ha prestado la mayor atención a fin de dotarla del mayor contingente de obras referentes a la historia patria, en cuya colección especial figuran sin exageración las más preciadas producciones acerca de la materia, que constituyen un arsenal vastísimo de inapreciable importancia que abarca las cuatro principales épocas de nuestra historia, o sean la antigua o precortesiana, la media o colonial, la moderna o independiente, y la contemporánea, y que sólo puede apreciarse examinando y escudriñando su contenido. A fin de analizar con algún método dicho conjunto lo dividiremos en los grupos que siguen:

Fuentes históricas. Los escribas indígenas nos legaron valiosos códices pictóricos y jeroglíficos que constituyen la fuente de la historia prehispánica. Pocos relativamente son los ejemplares de este género que pueden considerarse como originales, que posee la serie respectiva, pero en cambio, guarda gran número de reproducciones gráficas fielmente ejecutadas, que representan un gran valor. La obra más importante entre las de este género es la titulada *Antiquities of Mexico*, publicada a todo costo en Londres en los años de 1830 a 1848 en nueve gruesos volúmenes en gran folio, en la que se encuentran bien acabadas copias de los más escogidos códices que guardan los archivos y bibliotecas de Europa. Aparte de esta rica compilación posee la biblioteca numerosas obras de carácter especial y sobre diversidad de temas, reproducidos de sus originales y dados a la estampa por distinguidos arqueólogos, tanto nacionales como extranjeros.

Con respecto a las fuentes relativas a las épocas históricas posteriores, al tratar de la colección de manuscritos nos ocupamos de las piezas originales que en ella se conservan, a las que tendremos que agregar las interesantes compilaciones que corren impresas sacadas del olvido por varios historiógrafos de gran mérito, como Orozco y Berra, García Icazbalceta, Hernández y Dávalos, Del Castillo Negrete, Del Paso y Troncoso, Vera, Orozco y Jiménez, García, Velázquez, Cuevas, Carreño, Rubio Mañé y otros más que han sacado del olvido innumerables piezas que han sido debidamen-

te utilizadas para ilustración de la historia nacional. A estas compilaciones hay que añadir las publicadas por el Archivo General de la Nación, el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, las secretarías de Hacienda y Crédito Público, de Relaciones Exteriores y Educación Pública, la Comisión de Investigaciones Históricas de la Revolución fundada por el licenciado Isidro Fabela, de la que es coordinador el acucioso bibliógrafo don Roberto Ramos Viguera, y la Universidad Nacional Autónoma.

Folletería. Este grupo, diseminado entre las diversas colecciones de la biblioteca ofrece un altísimo interés por su cantidad y calidad. Hállanse distribuidas las piezas que la integran en dos grandes secciones que si no nos equivocamos pasan de cien mil: la primera que comprende los opúsculos o piezas menores encuadrados en volúmenes de distintos formatos, en forma de "misceláneas", contiene verdaderas preciosidades bibliográficas, imposibles de adquirirse actualmente, y la segunda los opúsculos modernos, mucho más cuantiosa que la anterior, que sólo en parte ha sido recopilada y que día a día va en aumento constante.

Textos históricos. Los tratados, tanto generales como especiales de nuestra historia, representan un gran papel dentro del acopio de las obras de que dispone la biblioteca. Integran este grupo, valiosísimo desde todos aspectos y sin igual en su conjunto, gran cantidad de obras que se refieren a los hechos acaecidos en nuestro territorio desde los tiempos precortesianos hasta nuestros días compuesto de numerosos ejemplares, no pocos de ellos de gran valor y rareza. Pueden consultarse las obras acerca de los pueblos primitivos, al descubrimiento y Conquista, al Virreinato, a las revoluciones intestinas, a las guerras civiles y extranjeras y a los diversos hechos acaecidos en tan largo periodo. Figura además la historia eclesiástica, las crónicas de las órdenes religiosas, la historia científica, literaria y artística, como también las relaciones de muchos sucesos, ya prósperos, ya adversos porque ha atravesado el país. Anexa a esta sección pueden considerarse las producciones biográficas, tanto colectivas como individuales, referentes a los varones que en sus distintas y respectivas actividades han figurado dejando huellas plácidas o luctuosas en la ruta por su vida.

Colecciones particulares. Existen además otras colecciones particulares dignas también de figurar al lado de las anteriores, mas el consignarlas específicamente sería tarea que traspasaría los límites de

nuestra labor y fatigaría la atención de quienes nos escuchan. Sin embargo terminaremos dando a conocer las donaciones y los legados con que personas guiadas por su espíritu altruista han contribuido al aumento del caudal bibliográfico de la institución, igualmente que las adquiridas por compra. Señalaremos las principales de esta especie.

Colección Fernandina. Integran esta colección, que perteneció al Colegio Apostólico de San Fernando de México, 23 volúmenes de "Papeles varios", conteniendo importantes opúsculos relativos a la época de la invasión de España por Napoleón.

Colección Suárez y Navarro. Formada por el político y escritor don Juan Suárez y Navarro, está compuesta de obras históricas y una serie de interesantes opúsculos. A su muerte, acaecida en 1867, pasó a manos del periodista don Ignacio Cumplido, quien posteriormente la vendió a la Biblioteca Nacional.

Colección Lafragua. Compilada por el ilustre político y diplomático don José María de este apellido, consta de 17 series de documentos impresos, relativos a las primeras épocas de nuestra historia comprendidas desde la guerra de Independencia hasta el tiempo de la República. Consta de 159 volúmenes que contienen millares de piezas, que al morir en 1875 legó a nuestra biblioteca máxima, a la que fue entregada por su albacea don Antonio Escalante. Esta serie puede considerarse, entre las de su género, como una de las más importantes por la calidad de su contenido.

Colección Hernández y Dávalos. La serie que lleva por título "Estadística de Jalisco", formada por el diligente compilador de documentos don Juan E. Hernández y Dávalos, consta de 17 volúmenes en folio y la integran importantes piezas de carácter estadístico e histórico, tanto manuscritas como impresas. Fue adquirida por compra a los herederos del compilador.

Colección Núñez Ortega. La biblioteca del escritor y diplomático don Ángel Núñez Ortega, compuesta de 1 170 volúmenes de inestimable interés para nuestra historia, está integrada por obras de autores nacionales y extranjeros escritas en español, alemán, francés, inglés, italiano y holandés, referentes a la Intervención Francesa y al Segundo Imperio, fue comprada a su viuda, en la cantidad de 2,208 pesos 53 centavos, después de la muerte de su propietario ocurrida trágicamente en 1890.

Colección Prieto. Una buena parte de la biblioteca que perteneció

al poeta y político don Guillermo Prieto, quien la legó a la institución, fue recogida en noviembre de 1900. Consta de 5 070 volúmenes que versan sobre historia de México y ciencias económicas, aparte de otras materias en menor número.

Colección Mier y Celis. El mes de abril de 1900 la distinguida dama doña Isabel Pesado de Mier hizo donación de los libros que habían pertenecido a su esposo, quien los había heredado de su padre el licenciado don Gregorio de Mier y Terán, que tratan de derecho, religión, historia, ciencias naturales, filosofía y otras materias. El presidente de la República general don Porfirio Díaz en su informe gubernamental leído en la Cámara de Diputados el 16 de septiembre de dicho año se expresó acerca de la valiosa donación en los términos que siguen: "Merece asimismo grata mención la señora doña Isabel Pesado por la valiosa donación que hizo a la Biblioteca Nacional de la escogida librería de su finado esposo don Antonio de Mier y Celis, compuesta de cerca de nueve mil quinientos volúmenes, que se colocarán en un salón construido al efecto, en la parte superior del propio establecimiento, fijándose allí una placa conmemorativa de acto tan digno de ser aplaudido e imitado."

No obstante tan claros elogios, ni el salón fue construido ni la placa colocada.

Colección Andrés Clemente Vázquez. Los libros pertenecientes a este escritor de nacionalidad cubana, formada por 3 794 volúmenes, entre los que se hallaban 398 obras sobre el arte del ajedrez, tanto antiguas como modernas, fue comprada por la institución en abril de 1900, en cuyo inventario escribió su propietario la nota que sigue: "Después del fallecimiento del Barón Von der Laza, de Wiesbaden y repartidos sus libros, esta biblioteca de ajedrez es la primera del mundo, según declaración de los maestros Mac Kenric y Techigorin." No obstante, no podemos hacernos solidarios de tan explícita aseveración.

Colección Agustín Rivera. La librería del polígrafo jalisciense doctor don Agustín Rivera y Sanromán fue adquirida por el gobierno federal por compra a su heredero don Rafael Muñoz Moreno hacia 1920 en la cantidad de 24,000 pesos, y enviada para su uso a la Biblioteca Nacional. Consta de 1 484 volúmenes de diversidad de materias, entre los que sobresalen las de historia patria, teología y filosofía, contándose además una variada colección de manuscritos y otra de opúsculos de positivo interés.

Colección María Enriqueta. En 1950 la aplaudida escritora e inspirada poetisa doña María Enriqueta Camarillo de Pereyra, recientemente fallecida, donó espontáneamente su librería particular a la institución. La constituyen 506 obras, en su mayor parte sobre temas literarios, entre los que se hallan los manuscritos originales de las producciones de tan distinguida donante. Celebróse la acción con un sencillo acto que se celebró en el salón de lectura de la biblioteca el 17 de mayo del propio año, bajo la presidencia del licenciado don Luis Garrido, rector de la Universidad Nacional Autónoma.

Hemos terminado. Ponemos punto final a nuestra disertación en la creencia de que os habréis dado cuenta, por lo menos aproximada, del valor y la riqueza que representa nuestra institución en el campo de la cultura. Al celebrar el primer centenario de su creación, nos atrevemos a proponer y hacer votos porque se inicien las gestiones encaminadas al levantamiento del nuevo edificio que de tiempo atrás se viene esperando, obra que tendrá que realizarse, puesto que el que viene ocupando desde hace una centuria ya es inadecuado e insuficiente para albergarla. Quizás nos extralitemos al proponer obra de tal naturaleza, cuya magnitud comprendemos, a fin de que responda a las necesidades de la época y llene debidamente su objeto; mas no hay que arredrarse, sino trabajar y luchar con ahínco a fin de conseguir lo que anhelamos, teniendo presente el axioma del príncipe de los poetas latinos: "Labor omnia vincit improbus."

JUAN B. IGUÍNIZ

Instituto de Investigaciones Históricas